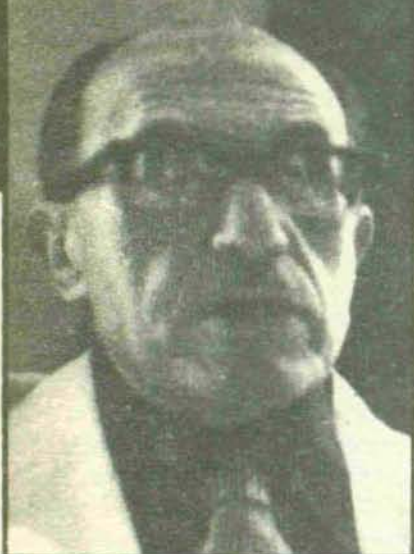


# El futuro



**Ernesto  
Giménez  
Caballero**

**E**L director de TIEMPO DE HISTORIA me solicita un augurio sobre el fascismo. ¿Puede tornar? ¿Se terminó para siempre? ¿O no ha dejado de persistir? Ciertamente la mejor respuesta sería la elegíaca o manriqueña: *«Y pues vemos lo presente / como en un punto se es ido / y acabado / si juzgamos sabiamente / daremos lo no venido / por pasado.»*

Ante todo, ¿qué debemos entender por fascismo? Pues, ante todo: una doctrina que se hizo movimiento político, primeramente italiano y luego europeo y aun universal, en la segunda gran guerra europea. Y quedó liquidado por la derrota, en 1945, del Eje que lo sustentaba: Italia y Alemania bajo Mussolini y Hitler.

Liquidado el Movimiento. Pero ¿la doctrina? No. Porque era aquella de la libertad. La doctrina, no. Porque sus raíces eran milenarias. Y seguirán vivificando movimientos políticos similares. Por lo que el fascismo posee no sólo un mítico pasado, sino un perdurable futuro o porvenir.

De una parte: FASCISMO fue, es y será todo impulso de un pueblo que tienda a UNIRSE en fascio, fajo o haz como símbolo. Y de otra parte, FASCISMO es también toda doctrina masiva, proveniente del Oriente que al llegar a Europa la península rica se liberaliza y busca una armonía entre masa e individuo.

¿Fue el dios Zeus el primer fascista europeo, el primordial antecedente de un Mussolini? ¿Y por qué no?

La palabra «Europa» viene de un vocablo



Francisco Franco Bahamonde.



Benito Mussolini.



# del Fascismo

«Arip» (ocaso, sol occidente, cayente) que dio en el mundo griego la fábula de Erebo. Pero también otra mucho menos oscura y clarísima de intención: la de una bella criatura, Europa, hija de un déspota asiático (Agenor) a la que el dios griego en forma de divino toro («media luna las armas de su frente») rapta y salva de su terrible padre, poniendo agua por medio, liberándola sobre sus lomos oceánidas. Inmortal evocación que pintaran un Tiziano, un Verones, un Boucher, una Rosalba Carrera... El padre asiático, eslavo, nunca perdonó esa fuga cerúlea de su hija Europa. Simbolizada, ayer, en la Italia de Mussolini, el marxista de camisa roja y puño cerrado que al llegar a Roma el puño se le hizo mano abierta y la camisa con el negro tradicional de los campesinos de la Romaña. Como le sucedió al socialismo de Hitler al hacerse también «Nacional» racista. Y le acaece hoy a Polonia con su comunismo catolizado, romanizado. Y le está adviniendo a la Francia socialista de un Mitterrand que es «antiguo combatiente, un críptico nacionalista» heredero de un Barrés y un Sorel. Y le está tornando a acaecer al italiano Berlinguer que exige un comunismo «italiano» o sea en liber-

tad de Moscú. Tal que ya Tito lo lograra... Fascismo, modalidades fascistas...

El 1 de febrero estuve escuchando en la Fundación March a José María de Areilza, presidente del Consejo de Europa y antiguo amigo mío, terminar su magnífica locución con el salmo que había leído en mi «Europa de Estrasburgo», publicada primero en francés y en el mismo Estrasburgo (Heitz, 1948) y luego en español. Y que yo ahora quiero reiterar como «idea-fortaleza»: «Europa no es vieja ni joven. No lo ha sido ni lo será nunca. Porque es inmortal. Un perpetuo renacimiento. Un resucitar inextinguible.»

Por eso hay que rebatir que Europa sea hija de Oriente. La civilización empezó en Europa. A lo largo de su místico «castillo alpino» de los Pirineos al Cáucaso. Fortaleza «providencial».

Hay que reducir al absurdo la tesis vegetal, spengleriana, de pluralidad de culturas igualmente válidas y que empareja la «europea» a la «azteca» o la «faraónica».

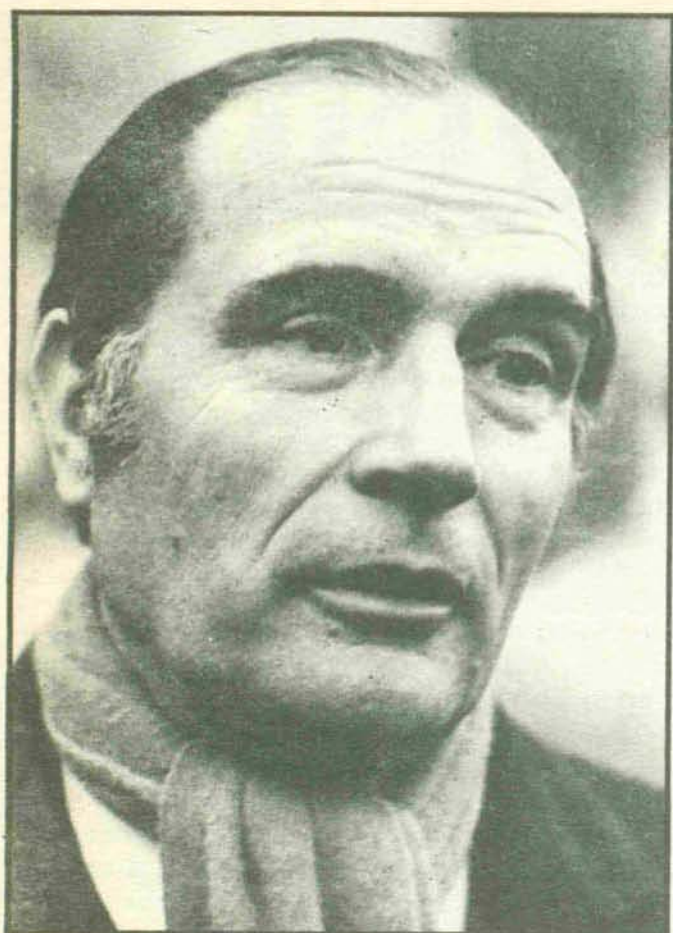
Hay que pulverizar la tesis de que Occidente esté en decadencia. Es decir, Europa.

Por eso hay que insistir de que si América es



Adolf Hitler.





François Mitterrand.

algo lo es en cuanto trasunto de Europa, en «cantidad». Igualmente que Rusia.

Hay que demostrar que la «idea de Europa» —bajo diversos nombres a lo largo de la Prehistoria y de la Historia— consistió siempre en la «medida»: el «límite», «la armonía», «la unidad activa», «la ascensión creadora del hombre», «la mística de la vida».

Hay que recordar que tal «idea europea» sufrió «cansancios momentáneos», «agonías temporales». Lo que llamaríamos, históricamente, «edades medias» o transitorias preparadoras de «renacimientos».

Europa no tiene más que dos fases, dos edades, dos ciclos: Edades medias y renacimientos, invierno y primavera.

La fecundidad de Europa es inacabable. Como una paternidad cósmica, como una fuerza genesiaca donjuanesca. Rasgo viril y no femenino en lo europeo. Potencia de fecundación. Virtud imperial.

Hay que reafirmar que, desde la Prehistoria, este fecundador genio europeo preñó siempre a las culturas extraeuropeas. Las cuales aprovechando el agotamiento momentáneo del progenitor reobraron sobre Europa en forma de invasiones y devastaciones. Pero que, justamente, este estímulo del peligro hizo siempre reaccionar a Europa, como el Ave Fénix de las cenizas. Condición precisa para cada renaci-

miento de Europa: su inminente muerte, su agonía trágica. El estímulo mortal.

Por eso, Europa no es vieja ni joven; sino débil o fuerte. Y su secreto es el que en español llamamos «sacar fuerzas de flaquezas». Secreto heroico.

En las actuales circunstancias, Europa se encuentra en una crisis de salvación. Como tras 1918 cuando irrumpió el fascismo. Como tras el fracaso napoleónico. Como antes de Carlos V o de las Navas de Tolosa o de Carlos Martel. O en la guerra de Grecia contra los persas. O de razas prehistóricas europeas contra invasiones de Asia y de Africa.

Y esta crisis actual será superada a través de esta otra inevitable Edad Media que estamos ya atravesando, hostilizados por los bárbaros.

Característica también europea es la del «Relevo de campeones» en portar el fuego sagrado y perenne. Los campeones cambian. El fuego, permanece. (¿Queréis llamar a ese «fuego» fascismo? No me opongo.)

Hay que anular el temor a lo ruso y el pasmo ante lo americano, demostrando que ambos son fenómenos «románticos», «desmesurados», «estériles a la larga». Ambos procedentes de Europa, pero desnaturalizados.

La afirmación social de Rusia es europea (Rusia no ha hecho más que quitarle a esa idea la «medida» amplificando su extensión, asiaticando infinitamente la idea europea de una «masa trabajadora»).

La afirmación «capitalista» de América es europea (América no ha hecho más que quitarle a esa idea la «medida», ilimitando la «cantidad», taylorizando el espíritu europeo de iniciativa individual).

Las armas eternas contra el Oriente y el Occidente serán siempre espirituales en Europa. Lo que representó la idea de ROMA no perecerá nunca. Precisamente Frente al misticismo bolchevique irrumpiendo —asiático— de nuevo sobre Europa, Roma podrá crear otro nuevo misticismo: el de la Santidad auténtica y la del Martirio (¡Polonia! ¡Polonia! Juan Pablo II nuevo Duce a lo divino. El Santo: fuerza social más allá del héroe. Arma específica de todos los Medievos.)

Del mismo modo la Mística del Linaje —¡tan germánica!— tampoco perecerá para combatir válidamente el capcioso igualitarismo. Encarnando en otra modalidad medieval de gran eficacia: la mística dinámica de viejas estirpes como la nueva Monarquía española y de nueva progenies que irán surgiendo de la revolución en marcha.

Hay que vigorizarse recordando pensamientos y pensadores que tuvieron este instinto de combate y defensa de Europa: los «fascistizantes».

Mazzini dijo que Europa era «el fermento



del mundo «. Y así pensó también nuestro Donoso Cortés.

Burkhardt —el gran renacentista— vio a Europa como una «fuente antigua y nueva de vida, espiritual y múltiple».

Grecia: como «cosmos», como «orden total» con el símbolo platónico y heroico del maratón contra el Oriente.

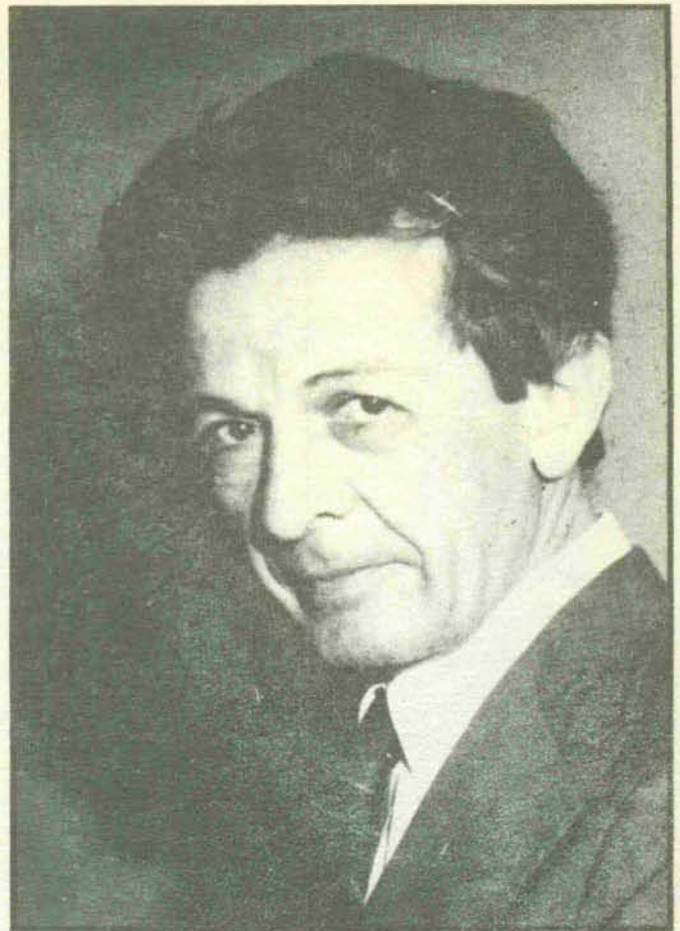
Leibnitz como «una eterna lucha contra los bárbaros». Himly como «la obra más armoniosa de la Creación». Víctor Hugo: «unida, un día, sin rusos ni anglosajones».

Europa es pelea constante. Europa es guerrear. Europa, es peligro. Es el centinela alerta. Y eso lo denominó por 1919, Benito Mussolini: fascismo. Con nombre circunstancial y durable a la par.

Ahora bien, las excelencias de la Europa que se prepara desde el Consejo de Estrasburgo y del Parlamento europeo serían: integrar a 400 millones de europeos, a lo que no llega Rusia con sus rusos ni Estados Unidos con sus americanos. Poseer un mercado agrícola colosal. Y seguir siendo fuente de invenciones técnicas, artísticas y literarias. El sueño utópico de Víctor Hugo —que se sintió el Dante del romanticismo— pidiendo en Lausana una «República Federal europea» como la suiza. Pero las guerras del sesenta y ocho, del setenta, de 1914, cortaron esas ensoñaciones federalistas. Alemania atacó dos veces aun más en la Historia. Cruzó Ariovisto el Rhin. Aunque el cesarismo germánico se replegara en 1918. Apareciendo un nuevo utopista, Koudenhove Kalergi, para lanzar una Paneuropa como ideal. Y luego Wilson, en Ginebra, el sueño kantiano de la Sociedad de Naciones anticipadora de las actuales Naciones Unidas... en Estados Unidos.

(Pero por el momento de todo este nuevo sueño de la Europa de Estrasburgo, en España —esta España desmembrada, automatizada, inerte— lo que percibimos es que se intenta una monarquía «europea» con liberales (financiados por Estados Unidos) y socialistas sostenidos por Rusia. O sea, una prolongación de Yalta: el reparto de Europa entre rusos y americanos, controlados por la Banca internacional judía. Aniquilando así toda posibilidad de ideales «nacionalistas» de mandos únicos y salvadores. Aniquilando así toda posibilidad de «fascismo».)

Y ahora recordemos: ¿cómo surgió el fascismo? Ante todo, en Italia, para reivindicar una victoria —aquella de la gran guerra terminada en 1918 en la que Italia participó desde 1915 y preterida a la hora del reparto por sus aliados frente a Alemania—. Como un clamor de injusticia lanzado por ex combatientes y personificados por un heroico sindicalista, Corridoni, y un poeta grandilocuente, D'Annunzio. Sólo en tercer lugar aparecería Benito Mussolini, herido en primera línea por 1917, socialista y



Enrico Berlinguer.

director del «Popolo d'Italia», pero que comenzó a sentar doctrina nueva y reunir en su torno, desde el 23 de marzo de 1919, los «Fasci di combattimento» inspirándose en el «Fascio» emblemático de la Roma imperial, un hacha rodeada de vergas o estacas para levantar campamentos en la expansión guerrera.

Siendo Mussolini todavía socialista oficial, entusiasta de Marx y de Lenin, Sorel —el magno profeta del sindicalismo— profetizó en 1912 que «nuestro Mussolini no es un socialista ordinario. Le contemplaréis un día al frente de un batallón sagrado, saludando con la espada a la bandera italiana». Y cuando llegó ese día —octubre de 1922—, Lenin declaró a un comunista italiano: «Muy grave que Mussolini se haya perdido para nosotros. Es un hombre fuerte que habría conducido al triunfo nuestro partido. Hemos perdido la carta que hacía falta ganar.»

Mussolini creyó, al principio, que ser fascista era simplemente consolidar la unidad política de Italia; un asunto puramente «nacionalista» y que el fascismo «non era merce di sportazione». Sólo ya muy tarde descubrió ser algo universo, como surgido del universo genio de Roma y que, en el futuro, sólo habría «comunismo y fascismo».

¿Y el fascismo alemán? Cuando yo leí el programa de Hitler vi que no era casi un progra-





José María de Areilza.

ma, sino dos o tres alaridos que le subían de su más honda raíz. Porque todo pueblo es como un raudal de viento con voluntad de música que va buscando su instrumento para resolverse en sinfonía triunfal. El programa de Hitler se podía sintetizar en cuatro frentes o rangos de batalla: 1) anticapitalista, 2) antidemócrata, 3) anticomunista, y 4) antisemita. Casi una copia del programa fascista italiano. Pero lo que distinguió radicalmente el hitlerismo del mussolinismo fue, sencillamente, algo muy modesto y minuto en la forma, pero de una trascendencia enorme en las consecuencias: la forma de la Cruz que defendían ambos. La católica y la esvástica. La latina y la aria o germánica. Lo noble en el mundo para el racismo era la raza nórdica: el homo germánicus frente al homo economicus del liberalismo, el homo mediterráneo del catolicismo y el hombre masa del comunismo.

Por eso se pudo decir que el racismo de Hitler asentaba sus orígenes en aquel Movimiento austriaco del «Los-von-Rom». Y que, por tanto, siendo un Movimiento de apariencia romana resultaba en el fondo un peligro de antirromanidad. Pero el secreto de Hitler —como el de todo nacionalismo— era un «secreto de muerte». El de los Caídos en la última guerra y en todas la germánicas. Por eso en la faz san-

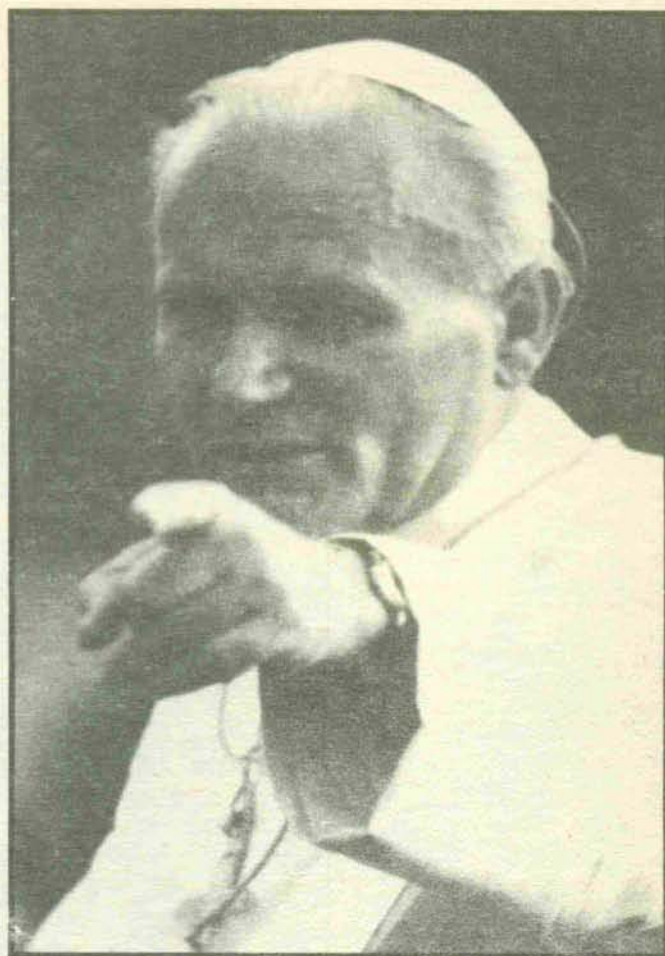
guínea arrolladora de Hitler, en aquella torrencialidad casi cósmica de su Alemania, surgían las faces sacras de todos los muertos en la última guerra en la que él participó y fuera, como Mussolini, también herido. Las faces desde Ariovisto y Atila. Desde los jinetes germánicos que derrotaron a Vercigetórix hasta las tropas luteranas del Taciturno... ¿Quién iba a decir en la Alemania democrática de Stressemann, en la Alemania bolchevizada de Espartacus, en la Alemania desesperada y trágica de los años postbélicos, que, por debajo de tanta grisura y catástrofe, corría puro, escondido y genuino el voto de millones de almas?

Y en Francia ¿No será la actual Francia del socialista nacional y ex combatiente Mitterrand la mejor que con el viejo De Gaulle pueda aspirar a una Europa que vaya de los Pirineos a los Urales? ¿No ha dejado Alemania vacante la hegemonía europea para que, una vez más, la recoja Francia a través de todos esos artilugios del Mercado Común, del Parlamento europeo y del Consejo de Europa? ¿No está adviniendo lo que no hace mucho proclamó Bernard-Henry Lévy: «un fascismo con los colores de Francia». De una Francia que haga frente, encabezando a Europa, a la hegemonía americana utilizando a patriotas comunistas franceses que vigilaran al vencido alemán y, en su otra frontera, a la decadente pero aún no sucumbida España a la que va debilitando con sus ayudas a los nacionalismos vasco y catalán? Porque Rusia para Francia —mande en Rusia quien mande— siempre será, como vecino de su vecino germano, un aliado fraterno. Si existe un pueblo con menos posibilidades de comunismo en Europa es Francia, individualista y patriota. Francia es la auténtica raíz del fascismo según se proclama hoy por ese judío Lévy. Cuya germinación estaba ya en un Voltaire, un Proudhon, un Fourier y, sobre todos, un Renan a quien Mussolini consideraba su inspirador. Y no digamos un Sorel, «el francés a quien más debió el fascismo». Y en esa tradición aparecieron un Barrès, un Peguy, un Maurras. Y los más jóvenes ya fascistas declarados: Doriot, Georges Valois, Drieu la Rochelle, Brasillach, Rougemont, Abel Bonnard, Celine y otros. «He llegado al fascismo —afirmó Drieu la Rochelle— porque veo el progreso de la decadencia de Europa. Toda decadencia es portadora de un renacer». El propio Cocteau fascitizó la revolución de un Apollinaire con su «Rappel a l'Ordre». Remán habló de la desigualdad de las razas. Gobineau fue el pontífice máximo. Y Vacher de Lapouge, inspirador directo de Hitler. Nota curiosa es que el escultor florentino Berti hiciera un busto a Mussolini y otro a Mitterrand.

¿Y en Inglaterra? Dejemos el recuerdo del ayer, 1929, cuando el ministro laborista Mac Donald Sir Oswald Mosley, tras luchar contra



la crisis económica y el paro funda, 1932, la British Union of Fascists y establece su «Black House» de Chelsea. La derrota de sus hitlerianos le lleva a la cárcel y queda como un sueño su libro «The Greater Britain». Dejemos ayer. ¿Pero y hoy como futuro de mañana? Con ese movimiento de los «skinheads» —o cabezas rapadas— y los «punks» o nuevos románticos que no sólo reivindican un Hitler para salvar a Inglaterra, sino que adoptan emblemas nazis y una fiera agresividad contra surrealistas, dadaístas, zozos, beatniks, hippies... Quizá influenciados por el Frente Nacional Británico de Enoch Powell y con mística por la raza blanca hoy ennegrecida en Inglaterra como canta Jonny Rotten (el podrido): «Que Dios salve a la reina con un régimen fascista». Y un manager de «Sex Pistols» propone, como emblema inglés, el «Epingle de nourrice», el imperdible, para sujetar los jirones de la bandera inglesa, hoy en harapos, por la economía, el paro la gangrena irlandesa. Por eso surgen grupos como los «Ramones» (Johnny, Deedee, Tommy) que cantan: «Soy un tesoro de nazi —y combato por la patria—; hoy tu amor, mañana el mundo». O como un Gainsbour afirmando lo que yo en mis «Memorias»: «Los vencidos de ayer serán los vencedores de mañana», exaltando a Rudolf Hess con un «Spandau Ballet» del que venden millares. Aunque más les valdría reivindicar al que debería ser un ídolo nacional, el mártir John Amery ahorcado al final



Juan Pablo II.



Woodrow Wilson.

de la guerra por advertir al nefasto Churchill que por no unirse Inglaterra a Alemania e Italia se hundiría y, con Inglaterra, Europa.

Y los otros fascismos europeos, ¿desaparecieron bajo la esclavitud rusa? ¿Es posible que Rumanía haya olvidado su «Guardia de hierro», y a los legionarios caídos en España, Ion Motza y Vasile Marin, que aun reivindica anualmente un grupo de españoles con el general Villalba al frente? Y en Hungría sabemos que existe un secreto culto a un Gombös, el de la revolución nacional o un Szalasi, el fundador del «Partido de la voluntad nacional» o húngara. En Austria no se ha olvidado aquel frente patriótico en que la Heimwehr asumió el papel de fuerza defensiva. Como tampoco en Bélgica se ha olvidado el Rexismo de León Degrelle. ¿Y no son acaso todos los grupos terroristas del mundo una protesta de los vencidos de ayer para ser vencedores mañana? Los kamikaze japoneses, le Brigatte rosse italianas, los Baader Meinhof alemanas, los montoneros en el Plata. Y a propósito del Plata, ¿cómo se explica el éxito mundial de una «Evita»? ¿Y los triunfos de regímenes reconstructores en América como el espectacular de un Stroessner en Paraguay y el perdurable de un Pinochet en Chile? Y es que la fuerza nacionalista, más que la social, es la creadora. Ahí está el castrismo,





Sir Oswald Mosley, en la Plaza del Capitolio, de Roma, delante de la estatua ecuestre de Marco Aurelio, con un grupo uniformado de fascistas ingleses.





León Dregrelle.  
0

vindicador frente a los demócratas burgueses y capitalistas que arrojaron a la madre España de Cuba, aunque para ello deba apoyarse en Rusia. Y eso también representó el Che Guevara. Y en cuanto a un México no ha hecho sino aplicar la fórmula bolivariana del presidente vitalicio con derecho a elegir su sucesor.

Pero vengamos, para terminar, a España misma. Y en la que yo pudiera representar un perdurable testimonio. Cuando en «La Gaceta Literaria», por mí fundada en 1927, me aparté con otros camaradas de la entonces decadente liberal democracia para potenciar mi anarco-sindicalismo de un modo nacional, tras mi descubrimiento místico de Roma y traducir a Curzio Malaparte con título unamuneco, «En torno al casticismo de Italia». Y que Unamuno, así como Baroja y Ortega, fueron los verdaderos introductores del fascismo en España a través de nosotros sus discípulos: Ledesma Ramos, Juan Aparicio y yo. Y desde luego, posteriormente, José Antonio. Todo lo cual tuve la fortuna de interpretarlo en mi «Genio de España» (1932), originado por mi promordial manifiesto en «La Gaceta Literaria», de 15 de febrero de 1929.

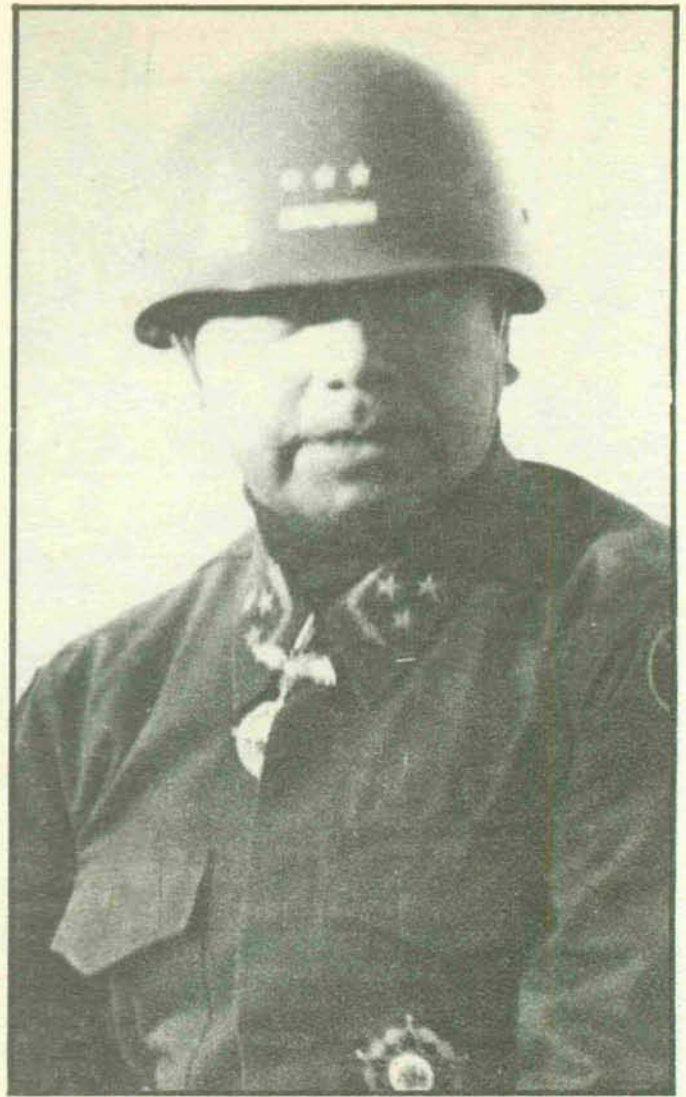
Así decía yo entonces: «Para España el Fascio existe antes de que lo clavara en su sombre-



El presidente Stroessner, del Paraguay, con el autor de este trabajo, por entonces embajador de España en Asunción.



ro un Italo Balbo. Lo pusieron en su escudo nuestros Reyes Católicos. Su HAZ de flechas en vez de estacas castrenses y lictorias. No necesitamos de símbolos prestados. Hemos sido Nación un poco antes que la nueva y orgullosa Italia actual y que la prepotente Alemania. ¡Una pequeña diferencia de cuatro siglos! Es cierto que, en la actualidad, estamos dejando de serlo. Que la República española significa el último noventa y ocho de España, la última desvertebración de España. Y que necesitamos "fajar" de algún modo otra vez, estos miembros rotos y sueltos. Pero para "fajarnos" rechazamos la habilidad femenina de occidente con sus encandilantes "federaciones o autonomías ibéricas controladas". Para fajarlos de nuevo sólo aceptamos la reintegración de España a su ciclo secular e histórico. La vuelta de los ideales eternos de España por un CESAR y no un DIOS.



Augusto Pinochet.

Los ideales que se concretan y asientan definitivamente sobre el solar español desde que los reyes germánicos de España sueñan con reconstruir el Sacro Romano Imperio».

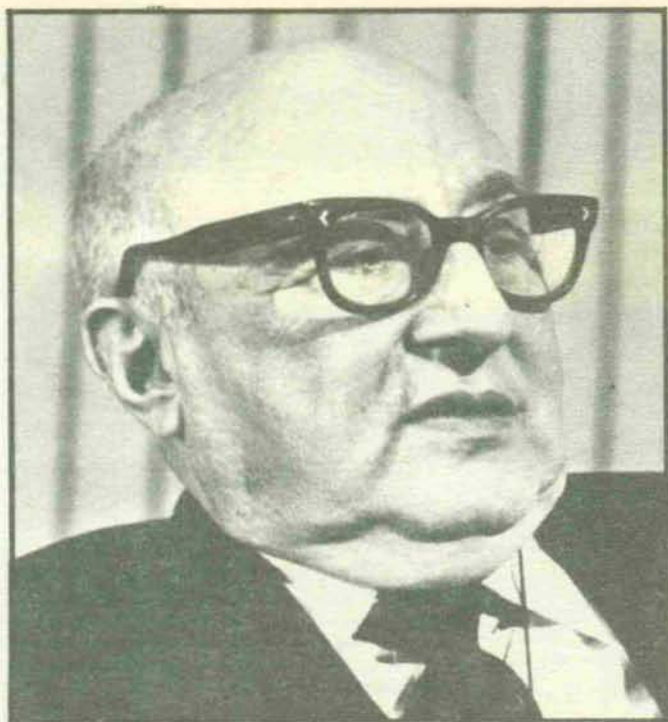
Y era tan certera mi videncia que lo que España no logró desde su decadencia dieciochesca, al sustituir la tradición romano-germánica por la franco-inglesa y la catolicidad por el enciclopedismo liberal y masón, lo logramos ¡en sólo tres años!, los triunfalistas de nuestra guerra auténticamente de «liberación ideal». Como también bastó que el victorioso Franco renunciase a las consecuencias grandiosas de su victoria con su neutralidad en 1941, que llevó su «Movimiento» a la democracia parlamentaria, al separatismo autonómico y a la lucha otra vez social.

Ya lo vaticiné yo también en 1932 como era mi deber profético o poético: «Puede suceder que los estados totalitarios, al desaparecer sus fundadores, se sientan como fatigados de haber gestado un tipo grandioso y unipersonal de héroes, y tornen a la línea consuetudinaria, pasadera y llevadera de lo que "había antes". Ese momento de fatiga sería el momento de las res-



José Antonio Primo de Rivera y Ramiro Ledesma Ramos ante el retrato del general Primo de Rivera, padre del fundador de la Falange.





Juan Aparicio.

tauraciones». De lo que en España se llamó el canovismo, a fines del pasado siglo. España fatigada por el esfuerzo secular de cuajar un héroe, un conductor, un rey natural que la salvara de su decadencia y miseria, y viendo malogrados, abortados, todos sus «pronunciamientos», se resignó con aquel abogado, miope y charlatán, que fue Cánovas, en dar «continuidad» fantasmagórica «mediocridad» y trotecillo al pulso exánime de su historia. O sea, como en la España actual, mientras tornar el renacer, que tornará, como torna la primavera.

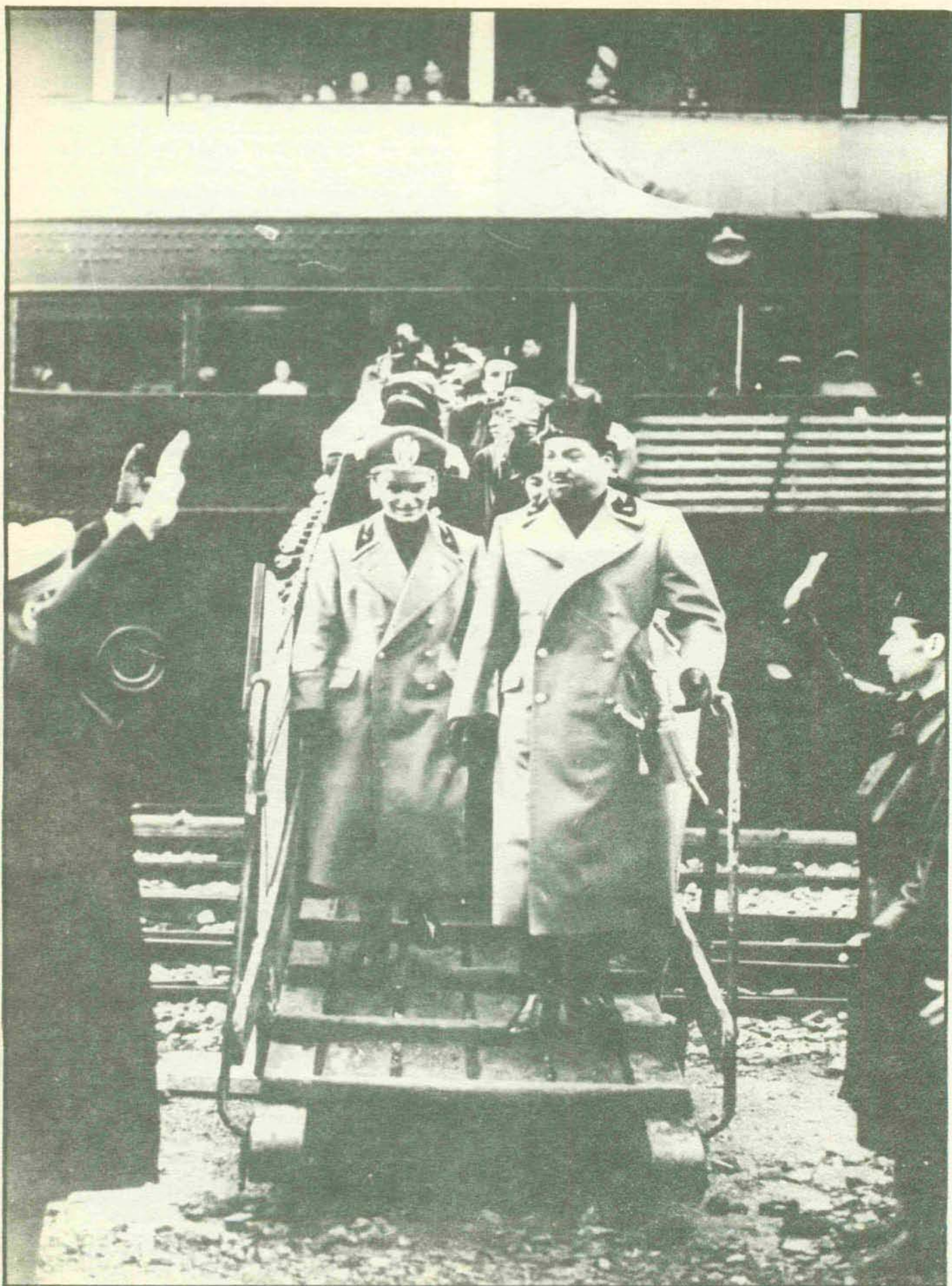
Porque el ingrediente decisivo en los renacimientos de los pueblos no es tanto lo social como lo nacional: que potencia y organiza aquél.

Por eso no es un artilugio eso que se denomina hoy el «eurocomunismo», que tuvo su magnífico antecedente en la Yugoslavia de Tito y hoy en Polonia. Pesa más el tirón de la tierra natal que la lejana consigna internacionalista. Lo sabe muy bien la Iglesia católica con los protestantismos, galicanismos y religiones nacionales «desviadas» y toda religión como es hoy la comunista.



Giménez Caballero (de uniforme) con Goebbels, ministro de Propaganda del Reich.





Italo Balbo, mariscal de Italia, desembarca en Trípoli, al hacerse cargo del mando de las tropas italianas en Libia, cumpliendo sus funciones de gobernador.



—¿Tiene el fascismo futuro? —me ha preguntado TIEMPO DE HISTORIA.

Creo haber respondido amplia y certeramente: Afirmando que el fascismo es libertad.

Pero como final, deseo añadir otro final: el del magnífico y clásico libro del historiador Ernst Nolte, «Der Faschismus», Munchen, 1968:

«Reside hoy, fundamentalmente, este renacimiento posible en Estados Unidos. Y su hipótesis se haría más patente cuando aumentaran las sospechas de una conspiración de las gentes de color y se llegara, por tal causa, a una negación de las tradiciones liberales. Pero solamente en el caso de que América experimentara unas derrotas en su política externa y sufriera las crispaciones de la lucha racial con una "retirada blanca" encontrando en la frustración alemana el aliado ideal. Y así no habría terminado la historia del fascismo con la muerte de Hitler y Mussolini.

Y entonces vendría a ser este inmediato pasado europeo de la época de los fascismos algo así como el atisbo del futuro de una humanidad fracasada por sus diferencias. Cuando estaba maduro el tiempo de superarlas». ■ E.G.C.



Portada de «La Gaceta Literaria», revista fundada por Ernesto Giménez Caballero.



Ernesto Giménez Caballero, recién acabada la guerra civil, en uniforme de consejero nacional del Movimiento.